

París, considerado como el ardiente foco de las nuevas ideas, como el punto desde el que Francia, recogiendo en sí misma, habrá de emprender su vuelo.

Terrible fué la impresión que los diputados del Centro, restos del partido de Brissot, Roland y Verniaud, hubieron de recibir el día tres de Octubre al entrar en la Convención. En los alrededores del edificio, inusitado alarde de fuerza; en las tribunas, concurrencia extraordinaria; en las miradas y semblantes de todos, esa ansiedad precursora de fuertes emociones. Unos á otros se miraban los centralistas como preguntándose, sin poder darse razón, qué nuevo acto de tiranía se habría fraguado. La sesión se abre; sube á la tribuna Amat, relator del Comité de Seguridad general, y pide, ante todo, que á nadie se permita salir á la calle. Cierranse las puertas; soldados, con bayoneta calada, ocupan todas las salidas, y en medio de fúnebre silencio, Amat comienza á leer un pavoroso escrito. Dos horas estuvo leyendo, y lo que leyó era un acta de acusación, en la que la perfidia corría parejas con la violencia, digna en todos conceptos del miserable que, oyendo hablar á uno de sus colegas de Carrier y de los ahorcados en Nantes, contestó: «Mejor, así comeremos los salmones del Loira más gordos». Todas las infamias contra los girondinos que el malvado Hebert vertiera en su libelo *El tío Duchesne*; todos los cargos por la fantasía encarecidos que le dirigiera Camilo Desmoulins en su «Brissot desvelado»; todo lo que la procaz maledicencia vomitara contra ellos en calles, plazas, clubs y tabernas, todo fué diligentemente coleccionado, minuciosamente expuesto y aviesamente abultado por el servil y violento Amat, con el objeto de asegurar su presa. Terminaba el informe por un proyecto de decreto inaudito, monstruoso, proponiéndose á la Convención proscribir de su seno nada menos que á ciento veintinueve diputados! A cuarenta y tres se les condenaba á ser entregados al Tribunal extraordinario; á veintiuno, por haber hecho armas contra la República, se les ponía fuera de la ley, y por haber firmado la protesta de seis de Junio, inofensiva protesta por cierto y que no llegó á publicarse, los sesenta y cinco restantes serían arrestados en las cárceles públicas y sellados sus papeles. Sin discusión fué aprobado el proyecto, en medio de estrepitosos aplausos y de vivas á la República. A los sesenta y cinco diputados, presentes al acto, debió helárseles la sangre en las venas al oír cada uno pronunciar su nombre. Ninguno dejaba de acariciar la esperanza de no ser incluido en la relación. Algunos quisieron hablar; no se les permitió. «Yo les ví enseguida á todos, dice un testigo ocular, acorralados en el estrecho recinto de la barra, como corderos destinados al matadero. Pero otra impresión más funesta les aguardaba aún. Votado el decreto, algunos individuos de la Montaña, pareciéndoles excesivamente indulgente, propusieron que la Convención se revotase, entregando al Tribunal extraordinario á todos los firmantes de la protesta del seis de Junio. Salvólos Robespierre, que se opuso con tesón á la propuesta. El decreto que se acaba de dar, dijo, honra para siempre á la Convención y hará pasar el nombre de sus individuos á la posteridad». Y como

se produjesen murmullos, prosiguió: «Digo, que conviene á la dignidad de la Convención no ocuparse más que en los jefes; digo, que entre los arrestados hay muchos de buena fe, que fueron extraviados por una facción hipócrita; digo, que entre los firmantes de la protesta los hay, y yo los conozco, cuyas firmas fueron arrancadas por sorpresa.» De los cuarenta y tres diputados entregados al Tribunal extraordinario, no había dentro de rejas, en el instante de darse el decreto, más que catorce, los cuales fueron trasladados á la Conserjería el seis de Octubre, excepto Bruslard-Sillery y Lasource, á los que, por hallarse enfermos, no se les movió del Luxemburgo. Los siete restantes hasta el total de veintiuno, cifra de los procesados, fueron presos después de la fecha del decreto é ingresaron directamente en la Conserjería.

Tal fué el curso de los sucesos que condujo por pasos graduales al proceso de los girondinos. En la tristemente célebre jornada del dos de Junio, se les arrestó en su casa; el veintiséis de Julic, á consecuencia de la insurrección departamental promovida por los que de ellos se fugaron de París, se encerró á los que se habían quedado en casas nacionales. En la Abadía y en el Luxemburgo; el primero de Agosto, el pánico y la indignación causados por la pérdida de Maguncia, Valenciennes y Condé movieron la pluma de SainteJust, para proponer á la Convención que declarase traidores á la patria á los que habían hecho armas contra ella, y que pusiese en acusación á los arrestados; por último, el tres de Octubre, bajo la presión de la alta fiebre producida por la traición de Tolón, se decretó, según acabamos de ver, el arresto de sesenta y cinco, la entrega al Tribunal extraordinario de cuarenta y tres y la declaración fuera de la ley de veintiuno. Por donde se ve, á plena luz, que los hechos, más que las personas, fueron los que condenaron á los girondinos. Ciertamente, personas fueron las que los acusaron y pronunciaron su condenación; mas no por decisión libre de su voluntad, sino dominadas, arrastradas por las emociones que en ellas suscitaban los hechos y á cuya tiranía no podían sustraerse. Entre el sacrificio de los girondinos y el sacrificio de la Revolución, ni el pueblo de París ni los convencionales eran libres de elegir; necesariamente habían de optar por lo primero. «¡No puedo salvarlos!» había exclamado Dantón, revelando un conocimiento exacto de la situación. La libertad, excelso dón del individuo, no lo es en el mismo grado de las colectividades, y menos aún en los estados morbosos. El curso de la Revolución francesa fué determinado por las circunstancias que le precedieron y acompañaron, con la misma precisión que lo es el curso de los planetas por las leyes de la gravitación, y los girondinos fueron aplastados por haberlo contrariado, por no haber sabido adaptar sus ideas á las necesidades y aspiraciones del medio social. Baste pues considerar que lo que menos importa de aquella Revolución es lo que tiene de francesa; lo verdaderamente importante de ella y que la eleva al acontecimiento más grandioso de la Historia moderna, es lo que tuvo de europea, aquella fuerza expansiva que la llevó á difundir sus ideales sociales, políticos y re-

ligiosos por toda Europa, y es evidente que no habría adquirido este carácter ni desempeñado tan altísima función, si se la hubiese encerrado en los modestos moldes concebidos por los girondinos, empeñados en destruir la supremacía de París y en gobernar como en circunstancias normales. Triste es que en estas convulsiones de las sociedades para su evolución perezcan tantas víctimas, al modo que perecen células en las convulsiones del individuo para su desarrollo, mas cúlpese de ello á la naturaleza finita de las cosas creadas, no á la voluntad de los individuos, que no son en tales casos sino órganos inconscientes de las corrientes sociales.

Pero, por su saber, por sus virtudes y por su ferviente y purísimo amor á la patria, los girondinos eran víctimas ilustres, los caracteres más nobles que produjera la Revolución francesa, y por esto su muerte abrió honda huella en el sentimiento popular y prestó alas á la fantasía, para embellecer las últimas horas de su vida con conmovedoras y poéticas leyendas. Triste oficio en estos casos el del historiador, de tener que deshojar estas preciosas flores con que la admiración y la gratitud decoran la tumba de los que, posponiendo el interés individual al colectivo, sacrificaron su vida en aras de ideales en los que fundaban la dicha de sus semejantes. Pero la Historia, plazca ó displazca, sólo debe rendir culto á la verdad.

Una de estas leyendas es la relativa al convento de los Carmelitas, que exponen Lamartine y Michelet con precisión minuciosa y con todos los visos de la realidad. «Cuando se decidió procesarlos, dice el primero de aquellos historiadores, se estrechó todavía más su cautiverio. Se los encerró por algunos días en la espaciosa casa de los Carmelitas, calle de Vaugirard, convento transformado en cárcel, siniestra por los recuerdos y sangrientas huellas de las matanzas de Septiembre. Las habitaciones inferiores de este edificio, llenas de detenidos, no dejaban á los girondinos más que un estrecho espacio, bajo los techos del antiguo convento, compuesto de un oscuro corredor y de tres celdas que se comunicaban entre sí... Los pensamientos escritos por los presos de todos los partidos de la República, se encuentran allí confundidos con los de los girondinos. Los nombres de los amigos y enemigos, de los verdugos y de las víctimas, se hallan unidos en el lienzo de una misma pared... Los muros y cielos rasos, cubiertos de grosera argamasa, ofrecían á los encarcelados, en vez de papel, del que se les acababa de privar después de su traslación, páginas de piedra, en que podían grabar sus últimos pensamientos con la punta de un cuchillo, ó significarlos con dibujos. Estos pensamientos, expresados generalmente en máximas breves y proverbiales, ó en versos latinos, cubren aún hoy la argamasa y hacen de estas paredes la última distracción y la suprema confianza de los girondinos... Ninguno significa ni pesar ni debilidad. Los ayes de la desgracia no enervan la convicción. La mayor parte de ellos son un himno á la constancia, un reto á la muerte ó un llamamiento á la inmortalidad. Los nombres de algunos de sus perseguidores se encuentran mezclados con

los de los girondinos. Aquí se lee: *Cuando Caton no pudo salvar la libertad de Roma, supo morir como hombre.* En otra parte: *Cui virtus non deest, Ille numquam omnino miser.* En sitio más abajo: *La verdadera libertad es la del alma.* Junto á ésta, una inscripción religiosa, que se diría trazada de mano de Fauchet: *Acordáos de que sois llamados no para hablar ni permanecer ocioso, sino para sufrir y trabajar.* Sobre otro lienzo de pared, un recuerdo á un hombre querido, que no se quiere confiar ni á la misma muerte. *Muero por...* Encima: *¿Qué consuelo celestial en la suprema desgracia! Cuento por mi parte con la virtud, con la equidad, con el mismo Dios.* En gruesas letras, escritas con sangre, de puño de Vergniaud: *Potius mori quam fædari.* En fin, multitud de inscripciones indescifrables, de iniciales, estrofas y pensamientos no concluidos, atestiguan la intrepidez de aquellos varones estoicos, nutridos en los sentimientos de la antigüedad y que buscaban su consuelo, no en la esperanza de la vida, sino en la contemplación de la muerte. Aquellas paredes, como las víctimas que han encerrado, sudan sangre, pero no lloran.»

¿Cómo dudar de la verdad de este cuadro? Lamartine ha visto por sus ojos las admirables inscripciones; ha tocado con sus dedos la escrita con sangre por mano de Vergniaud. También Michelet ha debido verlas. «Se ve todavía en los Carmelitas, dice, los tres ó cuatro graneros que ocuparon los girondinos; sus muros están cubiertos de inscripciones; ni una sola es cristiana; la palabra Dios sólo aparece una vez. Todos respiran el sentimiento del heroísmo antiguo, el carácter estoico.» Y sin embargo, la tradición en que se han inspirado Lamartine y Michelet es completamente errónea. Ni Vergniaud, ni Fauchet ni ninguno de los girondinos llevados ante el Tribunal extraordinario, estuvo un solo instante encerrado en el convento de los Carmelitas. Lo ha puesto perfectamente en claro Cranier de Cassagnac, trazando el itinerario de los veintiuno por las prisiones de París, según testigos que no pueden engañar, los registros de entrada. Nada; lo que hemos dicho antes, que excepto Bruslard-Sillery y Lasource, los girondinos arrestados al darse el decreto de tres de Octubre fueron trasladados el seis del propio mes á la Conserjería, y que en la Conserjería ingresaron desde luego los siete restantes, presos después de aquella fecha. Pero ¿y las inscripciones? Un concienzudo erudito, Alejandro Sorel, ha tenido la paciencia de pasar largas horas en aquel cuarto que llevaba tan impropriamente el nombre de *Cuarto de los girondinos*; ha examinado cuidadosamente una por una las inscripciones comparándolas al mismo tiempo entre sí, y ha tenido la satisfacción de inquirir el origen de ellas. El autor de casi todas las atribuidas por Lamartine á los girondinos fué Destournelles, ministro de Contribuciones indirectas, que, lejos de ser girondino, depuso contra Brissot y sus colegas ante el Tribunal extraordinario con tanta pasión como perfidia, y que estuvo encerrado en los Carmelitas del tres de Mayo al cinco de Agosto del noventa y cuatro. De su puño y letra está firmada la inscripción alusiva á Caton. El *Potius mori quam fædari*, que se decía escrito con sangre, fué trazado con tinta, que ha tomado un

color amarillento por la oxidación. El pasaje de la *Imitación de Jesucristo* que Lamartine juzga de Fauchet, es nada menos que de los frailes, los cuales sabido es que tenían la costumbre de colocar á la entrada de sus celdas sentencias tomadas de los libros Santos. ¿Cómo incurrió Lamartine en error semejante? Se explica. Habiendo sido el convento de los Carmelitas uno de los edificios públicos destinados á cárcel durante la Revolución, nada tan fácil como el que, transcurrido aquel período tan fecundo en sucesos extrordinarios y en omociones profundas, se formara y difundiera la creencia de que se había en cerrado en sus celdas por algunos días á los girondinos, y cuando Lamartine logró que se le franquease las puertas de aquel convento, cerradas desde mil setecientos noventa y tres, nada tan natural como el que, bajo el influjo de aquella creencia, atribuyese á los girondinos inscripciones, cuyo contexto armonizaba, por otra parte, con el concepto que él había formado acerca del carácter de aquellos esclarecidos varones.

En la Conserjería, se alojó á los girondinos en una parte del edificio separada del resto, y muy juntos, habiendo diez y ocho camas en un solo calabozo; se les facilitó tinta y papel, y se les permitió comunicarse con sus familias y amigos. «Ayer, á las cuatro y media de la tarde, se me ha traído á la Conserjería, donde me hallo instalado lo menos mal que se puede estar», escribía Velazé á su mujer. Su ánimo estaba tranquilo y sereno, como que no habían perdido aún la esperanza de probar su inocencia y salir absueltos; su pensamiento vigoroso discurría libremente sobre cuestiones políticas, sociales, filosóficas ó religiosas, asombrando de vez en cuando con luminosas intuiciones, principalmente Vergniaud, que seducía y arrebatava con los destellos de su natural y espontánea elocuencia; su sentimiento se mantuvo siempre noble, optimista, persuadidos de que, caso de ser sacrificados, su muerte contribuiría al triunfo de la justicia y de la libertad. Cuenta Lamartine, que un cuñado de Vergniaud, Alluaud, vino de Limoges á traer á su pariente una suma de dinero, del que se hallaba éste muy necesitado. Se hizo acompañar de su hijo, niño de diez años, el cual al ver á su tío preso, enjuto el rostro, pálida la tez y el vestido sucio y gastado, se abrazó llorando á las rodillas de su padre. «Hijo mío, le dijo el preso tomándolo en brazos, tranquilízate y mírame. Cuando seas hombre, dirás que has visto á Vergniaud, el fundador de la República, en el momento más bello y en el traje más glorioso de su vida, en el momento de sufrir la persecución de los traidores y prepararse á morir por los hombres libres.» El niño cumplió el encargo: cincuenta años después repetía estas mismas palabras á Lamartine.

El veinticuatro de Octubre se abrió el proceso. Y aquí nos sale al paso otra como leyenda, forjada por Luis Blanc, precisamente el que tanto alardea de exacto y de no aventurar nada sin pruebas. «Los girondinos, dice el nombrado historiador, con aquella ligereza propia de su naturaleza de artista, pero que la exaltación de su fe política ennoblece, llenaban en el encierro el intervalo de una á otra audiencia representando la comedia de su

próximo fin. Solía comenzar el entretenimiento á media noche, entre tinieblas, contra las que luchaba débilmente la melancólica luz de una bujía. Subidos sobre lechos, que altas tablas separaban los unos de los otros, figuraban el jurado, en tanto que uno de sus compañeros, colocado delante sobre una mesa, desempeñaba el papel de acusado. Acusador público, jueces, escribano, nada faltaba en la composición de aquella fúnebre parodia. Indefectiblemente, el acusado era condenado, después de lo cual y sin tardanza, se procedía á la horrible ejecución. Se cogía al paciente, se le ataba las manos y se le guillotina ficciamente sobre un lecho. En ocasiones, el acusador público, viniendo á ser acusado á su vez, es decir, condenado, y en seguida ejecutado, se le hacía volver de los infiernos envuelto en una sábana, para que contase los tormentos que se padecían en el otro mundo y predijese á los jurados los que ellos habrían de pasar en su día.» ¿Qué hay de verdad en este cuadro? Nada, en absoluto. Ninguno de los compañeros de cautiverio los girondinos que han escrito sus *Memorias*, nos presenta á Brissot y á sus amigos entregándose de esta suerte al juego del tribunal y de la guillotina. Blanc se remite á las *Memorias de un detenido*, de Rioufle, el cual refiere, en una nota, que sus compañeros de habitación y él se divertían á veces en parodiar al acusador público y al verdugo; pero debió haber notado Blanc que, entre los compañeros que tomaban parte en aquellos juegos fúnebres, designa Rioufle á Lapagne, alcalde de Ingouville, el cual no entró en la Conserjería hasta el tres de Diciembre, es decir, un mes después de la ejecución de los girondinos, y con sólo esto, no hubiese incurrido en el error de atribuir á éstos diversión tan impropia de espíritus superiores y amenazados de próxima muerte. Con los girondinos, Rioufle no pasó más que dos días, y lo que nos refiere de ellos difiere completamente de lo que Blanc se imaginara: «Yo llegué, dice, dos días antes de su condenación, y como para ser testigo de su muerte. Hallábanse todos tranquilos, sin afectación... Mecíanse sus almas á tal altura que era imposible emplear con ellos los lugares comunes de los consuelos ordinarios. Brissot, grave y reflexivo... Gensonné, recogido en sí mismo... Vergniaud nos hacía gozar de los últimos acentos de aquella sublime elocuencia, perdida ya para el universo, puesto que los bárbaros no le dejaban hablar... Fontfrède y Ducos se destacaban de este severo cuadro, inspirando un interés todavía más vivo y más tierno.» ¿Cómo conciliar con esta descripción las escenas de comedia en que á Blanc se le ha ocurrido hacerles representar un papel?

Animación nunca vista ofrecía el veinticuatro de Octubre el salón del Tribunal extraordinario. Inmensa concurrencia se apiñaba, no sintiendo la molestia de las apreturas por el interés que le inspiraba el inusitado espectáculo que iba á presenciar; el monstruo Tinville se frotaba las manos de alegría, por la excelente y abundante presa que aquel día se le venía á las manos; Pache, Heber, Chaumette, Chabot, Fabre d'Eglantine, Montant, Bourdon y Defieux, acusadores, esperaban como chacales la aparición de las víctimas,